

Mi médico libanés

MOISÉS CAYETANO ROSADO/ 10 de agosto de 2006

MI médico de cabecera es libanés. Pertenece a ese grupo nutrido de universitarios de Oriente Próximo que vino a nuestro país para estudiar medicina, siendo muchos los que lo hicieron, con provecho, en la Universidad de Extremadura. Como tantos emigrantes -laborales o intelectuales-, en buen número torcieron sus proyectos de volver a los lugares de origen, asentándose aquí, en nuestra tierra acogedora, como miles, cientos de miles, de los nuestros se han instalado definitivamente fuera de nuestras fronteras. Pero, al igual que nosotros, que nuestros emigrantes, tienen el corazón y la familia divididos: aquí y allá, siendo como un puente de intercambio de culturas, de mentalidades, tradiciones y enriquecimiento para todos.

Mi médico libanés es todo él simpatía, todo entrega, todo bondad y generosidad, paciencia, profesionalidad, equilibrio, aciertos y sonrisas. Por eso su consulta, sus consultas acá y allá, por distintos rincones de nuestro mundo pequeñito de mínimos problemas generales, están siempre repletas de pacientes. Le contamos nuestros leves percances, y nuestras grandes inquietudes y miedos personales que casi siempre quedan reducidos a la alarma, tras sus palabras, su diagnóstico -sin descontar su acierto en los casos relevantes-. Pero volvemos una y otra vez, porque él es el bálsamo de muchos, jóvenes y ancianos, nerviosos atareados que nos desesperamos con su tranquilidad ante las colas de espera, y ancianos desocupados que encuentran un modo de ocupar el tiempo.

Pero ahora, ¿cómo te llegas a él con el pequeño dolor de los oídos tras horas de piscina? ¿O las molestias de estómago en esta época de celebraciones? ¿O la piel que se volvió a quemar los fines de semana? ¿O el resfriado de los contrastes de temperatura? ¿O los análisis con ese exceso de colesterol? Hasta las preocupaciones que suben un grado, con los males crónicos, o los desgastes de la edad, o los sobresaltos de los dolores más desconocidos se nos hacen desarreglos nimios ante lo que está padeciendo su país.

No podrá, mi activo e incansable médico libanés -como venía haciendo cada año- ir este verano con su mujer y sus hijos al destruido, torturado, masacrado Líbano, donde siempre le espera su familia, sus amigos, la patria que nunca abandonó en lo más profundo de su ser. No hay aeropuerto, no hay autopistas, carreteras, puentes, que puedan acercarlo hasta los suyos, hasta el martirizado suelo donde mueren cada día personas inocentes, niños ignorantes de lo que se les viene encima, del por qué de tanto odio y tanta destrucción, de tanta sangre indefensa derramada.

Y es terrible que el ataque irrefrenable, el exterminio, le venga de un pueblo que fue ubicado en su vecindad precisamente porque había sido atacado, torturado, a punto de ser exterminado, en los campos horribles de concentración del nazismo, de la tremenda ideología del odio, el exclusivismo y la superioridad: del gobierno israelita, representante del pueblo judío, asentado en los históricos territorios de Palestina.

Aprendimos a conmovernos, a solidarizarnos con los judíos en los libros de historia, por las masacres a que fueron sometidos. Fraternizamos con ellos por tantos atentados como padecieron: ¿ay!, aquel tan impresionante de 1972, con el asesinato de los atletas israelíes en las Olimpiadas de Munich. ¿Pero, qué le ha pasado a este pueblo para ser ellos ahora los verdugos, para devolver con creces el mal que recibieron en los cuerpos, las haciendas, las vidas de los que apenas tienen otra culpa que la de ser también víctimas históricas de sus vecinos?

La masacre del Líbano nos deja a todos torturados, pisoteados en nuestras ideas, en nuestros ideales; heridas las esperanzas, las ilusiones y proyectos. Reconfirmados en la frase de Baltasar Gracián: «el hombre es un lobo para el hombre, y aún peor». Aunque mirando a este hombre íntegro, a este profesional querido por todos, este médico libanés, uno más de los muchos que aquí nos llegaron, laboriosos, solidarios; viendo su entereza y su deseo de ir cuanto antes a abrazar a los suyos, a pesar de la negra situación; teniendo a punto su sonrisa cada día, se nos abre una luz y hay que pensar que no todo está perdido en nuestra torcida humanidad.

PERIÓDICO HOY